

Segundo premio de Narrativa – Nivel 1

Pura guerra

Son la 2:00 de la mañana y aún camino por las viejas calles de Gran vía con el consuelo de encontrar esa mirada color café que amé tanto.

¡ A mis dieciocho años he hecho tanto y he vivido tan poco! Hace medio año, me enamoré de la chica mirada de café y cabellera rubia como una catarata de oro. Pero, la perdí , no me pregunten cómo. Fue mi mujer maravilla, una maravilla vendida.

Sabía comerme en prosa y verso, pero yo nada más fui su punto y aparte en este libro llamado vida. A veces la echo de menos y otras de más. Me acuerdo la primera vez que la hice llorar, ella no merecía eso, pero a mí me hacía feliz tener a varias chicas a diario y la muy tonta me presionaba. Ella solía dormir en ropa interior en mi cama, con ese libo, ese tonto libro, ah ,sí,de ese autor: Mario Benedetti.

Tenía la rara costumbre de:

*Café con hielo a las siete,
poesía a las y media.
A las ocho repaso de lengua,
más bien de la mía.
Y a las nueve recitar
su estrofa favorita.*

¿Quién dijo que el amor eran mariposas en el estómago?

Más bien abejas asesinas que solo disfrutan del dolor que hemos causado.

Ella me dijo que eso se llamaba Karma; yo, ley de vida. La última vez que la vi fue fumando su cigarro de las diez por fuera de la chocolatería que hay en el callejón de Gran Vía. Me acuerdo que ese día bebía rubia la cerveza para acordarme de su cabello, ese que se me metía en los ojos cegándome cada vez que se acercaba a mis labios. Recuerdo que ese día inhalé ese dulce aroma que me envolvía cada día.

Un día decidí que era hora de contarle lo que nunca fui capaz; le dije que la quería, pero su contestación me chocó, me enfureció. Ella me contestó que no quería que la amasen, que es mejor ser temida que amada, que era una bomba de relojería y que cualquier día estallarían, arrasaría con todo lo que encontrara por delante. Ese día no lloró ella, lloré yo. Fue el día que se marchó de mi vida, escribiendo esta carta:

Querido muchacho de Madrid, sé que no me merezco el dolor que me has causado, tampoco sé cómo superarte. Soy tu mujer maravilla, pero a día de hoy te volviste mi criptonita. ¡ódiame! Sí, así me olvidarás mejor; y cuando lo consigas, me escribes explicándome cómo lo lograste. Esta vez ya no habrá vecinos que nos peleen por las guerras montadas en tu cama. Esta vez soy un diamante en bruto, que si no se cuida como se debe, puede ser robado por tu peor enemigo. Dejo mi libro, mi perfume y mis recuerdos, ya que donde voy no los necesito, ni a ti.

De una chica que es pura guerra.

Aún la guardo para pensar que ella todavía no se ha ido , que sigue aquí , a día de hoy, conmigo. Son las 6:00 a.m., ella pronto saldrá al metro para ir hacia Opera. Estoy aquí sentado , donde nos besamos por primera vez.

-¡Mierda, ahí está! Tan guapa como siempre , con esa media luna que dibuja su sonrisa, pero su

mirada está triste...

Empiezo a temblar y entro en el metro, ahí está ella , con sus cascos puestos, creo que aún no me ha visto. ¿Qué hago, voy hacia ella? Pero ¿y si me odia? ¡Oh, Dios mío! Dame valor, porque como me des fuerza, saldré corriendo.

Me he puesto delante de ella, ha levantado la mirada, esos ojos saltones me delatan y mi corazón se dilata. Se ha quedado callada, ¡mierda! ¿Qué haré?....

¡No, no, se ha levantado! ¿Pretende irse?

¡ Por favor, quédate, porque necesito decirte esto en persona! Espera, este calor que sienten mis labios, me reconforta, este calor lo reconozco, es ella ¿Ella me está besando?

De repente el tiempo para mi se ha parado, ella no se imagina todo lo que la he pensado o imaginado. Se ha puesto de puntillas, me había olvidado de lo pequeña y grande que es a la vez, se acerca a mi oído, me susurra que me ama. No lo he podido evitar, la he abrazado. Me vuelve a decir “Te amo, Javi”. Yo solo le contesto con un seco “Y yo Cindy”. Cómo cuesta, después de imaginarla tanto, ella se hace real.

Nos hemos bajado en Ópera, me ha dicho que la espere, que hoy no irá a clase.

Parece tan bonito, parece un sueño. Vamos a su taquilla a recoger sus cosas y, de repente me vuelve a abrazar.

-Volvemos a casa , le dije.

Ella me ha pedido que le recuerde cómo es hacerla mía, los vecinos vuelven a tocar a la puerta, mandándonos a callar. Ella empieza a leer y solo recuerdo que la perdí por ignorarla, por coger todo el día el móvil. Vivía en al generación de los idiotas. - Por fin a tu lado , le susurro...

Ya estoy en casa.

Mónica Fernández Trujillo Castro
2º ESO A